

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Problemas económicos

POR LUIS ALMERICH, PUBLICISTA

DESDE hace tiempo tenía el propósito de echar un párrafo a cifras, estudiando los problemas económicos que son nexo de las relaciones comerciales entre España y Alemania; pero la desconfianza que me inspiran las estadísticas españolas me tenía retraído y aun algo desorientado.

Había acudido a los resúmenes de la Dirección general de Aduanas, pero desde los primeros momentos observé la dificultad de formar juicios. Me constaba, por ejemplo, que buena parte del aceite que aparece comprado por Francia e Italia en nuestro país, pasa, después de una cuidadosa refinación, a Alemania, y sin embargo, de ello nada rezan las estadísticas que adjudican a otras naciones lo que va a Alemania, aun cuando sea por intermediario.

Gracias a este desbarajuste estadístico, tuve que desistir de mi empeño. ¿Cómo tomar en serio que Francia nos compre «para su consumo» por valor de 327.744,316 pesetas, mientras nosotros le compramos únicamente por valor de 204.268,202 pesetas? Francia es una especie de bolsa de contratación y, en algunos casos, como el que señalaba de los aceites, algo peor. Se refinan éstos en Francia, porque España no se ha preocupado de esta industria con todo el interés que debía. Recuérdese, por ejemplo, el comercio que se hace en Italia con el aceite español — que tampoco es para los italianos.

Afortunadamente, no hace mucho tiempo, un periódico alemán vino a sacarme de apuros y a facilitar mi tarea. En 7 de abril próximo pasado, el *Berliner Tageblatt* publicaba el siguiente informe consular, que estimo de gran valor y de bastante sinceridad al apreciar problemas que tan directamente nos afectan a los españoles.

Léanlo nuestros lectores, porque en estos momentos comprueba la conveniencia de que se mantengan cada vez más firmes estas corrientes de hispano-germanismo, que tan reproductivas pueden ser en lo porvenir para España y para Alemania.

El informe, obra del cónsul general español D. Eugenio Landau, dice así:

«Según es sabido, España es un país en el que predomina la explotación agrícola: el pueblo trabajador está obligado a una faena dura a causa de la escasez constante de lluvias, que dificultan el laboreo y cultura intensiva de las tierras. Las clases de *granos* que más se cultivan en este país, son: trigo, cebada, centeno, avena, maíz y arroz. La más popular y generalizada de las *legumbres* es el garbanzo, en segundo lugar viene la cebolla. El cultivo de las especias se extiende al azafrán, anís, comino, pimienta y pimentón. Las *frutas* son

un excelente producto de exportación; entre éstas señalaré como las más importantes la naranja, limones, uvas, almendras, nueces y aceitunas. El *esparto* es un producto especial de España. El *aceite*, que suele frecuentemente emplearse en lugar de la manteca, se cosecha en España en grandes cantidades; los aceites de las provincias de Valencia, Jaén, Córdoba y Sevilla son célebres por su gusto exquisito. Antes se importaba gran cantidad de éstos a Francia y a Italia, en donde eran sometidos a ciertas operaciones de mezcla, y vendiéndose después en el mercado europeo bajo el nombre de aceites de Niza, etc. Actualmente, merced a las grandes refinerías establecidas en los centros de producción, especialmente en Valencia y Sevilla, han conseguido los cosecheros libertarse de la tutela de los negociantes franceses e italianos. El principal mercado del aceite español está en la América del Sur, en las Antillas y en las islas Filipinas.

Los *vinos españoles* son conocidos; también el principal mercado de éstos hay que buscarlo en la América del Sur y en las antiguas colonias españolas; pero la sobreproducción en el mercado mundial, por una parte, y por otra los daños causados por la filoxera ha sido causa de que gran parte de los terrenos que antes se dedicaban al cultivo de la vid, se aprovechen hoy día para la *remolacha*. España también produce azúcar de caña. En lo tocante a la *economía forestal*, ocupa el alcornoque lugar prominente; cantidades enormes de *corcho* son exportadas de España al extranjero. También es considerable la *cria de ganados*, y la pesca, cuyos productos son transportados al interior del país en trenes especiales para su elaboración en las fábricas de conserva.

También resulta importantísima la producción mineral de España; las minas se hallan, en su mayoría, en poder de sociedades extranjeras. Las grandes minas de carbón que, en parte, fueron descubiertas en el año 1830, son generalmente explotadas por las sociedades españolas de ferrocarriles. Con especialidad predominan las minas de hulla y de carbón de piedra, como igualmente antracita. En estos últimos años alcanzó la *industria española* un progreso notable. Dignas de mención son las industrias: de calzado, de seda, de lana y la de papel; en lo que respecta a la construcción de máquinas, sigue siendo España tributaria del extranjero, especialmente de Alemania, cuyas fábricas de máquinas y centrales eléctricas, como la A E G y Siemens-Schuckert, entre otras muchas, realizan en aquel país bonitos negocios.

La *exportación de España a Alemania* importó en el año 1913 (todavía no se ha publicado la estadística sobre los resultados obtenidos en el año 1914) 198'7 millones de marcos, mientras que la exportación de Alemania a España importó 143 millones. Ambas cifras aumentaron fuertemente en los últimos años.

Los productos principales de importación a Alemania fueron en el año 1913 los siguientes (en miles de marcos):

Metales.	96'6	Pieles	5'0
Naranjas	20'2	Corcho	3'3
Plomo	15'7	Madera de corcho	0'0
Vino ordinario	15'0	Uvas frescas	3'2
Vino generoso.	2'4	Sardinas y demás sustancias alimen-	
Plátanos	6'8	ticias en cajas de hoja de lata . .	2'8
Mostos	5'0	Cobre	1'5
Almendras (secas)	3'9		

Alemania importó a España:

Locomotoras de vapor.	10'2	Maquinaria eléctrica	3'0
Dinamos	4'9	Lámparas incandescentes.	1'9
Carbón de piedra	4'0	Substancias colorantes de alquitrán. .	1'8
Alambres de cobre	3'8	Material de ferrocarriles	1'8

Desde los treinta y ocho años que tengo el honor de representar a España como Cónsul general, han experimentado grandes modificaciones las *relaciones de política comercial* de ambos países. El camino que tomó España en 1877 de una política de alta protección aduanera por medio de la fijación de una tarifa máxima y mínima — ambas con alto recargo aduanero —, lo abandonó a fin de asegurarse en Francia, que por la filoxera tenía destruídas todas sus vides, un gran mercado para sus vinos; esto sucedió en 1882. Al tratado con Francia, sucedió otro de protección con Alemania.

El año 1892 se distinguió nuevamente por la agitación que se inició en España contra tratados comerciales. La vuelta a la política de alta protección aduanera perteneció al programa del partido conservador que, a pesar del Ministerio liberal de Moret, pudo preparar la aprobación de sus planes y llevó a ejecución después de la caída de éste. Así fueron revocados los tratados aduaneros concertados con el Imperio alemán en 1891 con un año de plazo, o sea para el 1.º de febrero de 1892. Después siguieron entre Alemania y España tratados provisionales de protección aduanera y negociaciones sobre un tratado aduanero. Las principales dificultades fueron provocadas por los derechos aduaneros alemanes sobre corchos y por los deseos de Alemania que se rebajaran en España los derechos de exportación de este producto. Por las 72 cifras de la tarifa aduanera alemana obtuvo España las mejores bonificaciones, mientras que España concedió a Alemania las mejores bonificaciones de sus 172 párrafos de su tarifa aduanera. El tratado aduanero debía estar ratificado hasta el 31 de diciembre de 1893. El Reichstag alemán aprobó sin grandes dificultades dicho tratado, pero las Cortes españolas no pudieron mostrarse de acuerdo, y después de haber sido prolongado varias veces (la última vez el 15 de marzo de 1894), vió Alemania fracasado el tratado, y empleó la tarifa autónoma para las mercancías españolas; España empleó su tarifa máxima a las de procedencia alemana. Con esto quedó declarada la *guerra comercial o de tarifas* cuya duración fué de dos años, finalizando el 25 de julio de 1896, fecha en la cual se aplicaron ambos países sus tarifas autónomas más bajas.

Como quiera que España, más tarde, también concedió a otros países su tarifa mínima aduanera, presentó Alemania nuevas reclamaciones que, en ocasión de la compra de las Carolinas, condujeron a un nuevo tratado por medio del cual se concedieron ambos países las *mayores bonificaciones aduaneras*. Este tratado data del 12 de febrero de 1899, entrando primeramente en vigor el 1.º de julio del mismo año con una duración de cinco años. Este tratado fué revocado por España el 27 de junio de 1905 para el 30 de junio de 1906; dicha revocación quedó en suspenso hasta el 31 de diciembre de 1906 y después, por medio de un cambio de notas, se prolongó del 27 de junio de 1906 hasta el 30 de junio de 1907, y desde aquella fecha volvióse a prolongar por tiempo indefinido, por no haber podido fijarse un plazo de muchos años para dicho tratado comercial.

La paralización precisada, al estallar la presente guerra, del movimiento comercial en ambos países, se pudo adaptar a las circunstancias, y aun cuando el movimiento comercial no ofrece en la actualidad el mismo aspecto que en épocas normales, sigue no obstante, y es de esperar que el tráfico de Alemania con España, cuyo pueblo y Gobierno se mantiene en actitud de absoluta neutralidad a pesar de la campaña que emprenden algunos periódicos influenciados por Francia e Inglaterra, seguirá progresando cuando termine la guerra.

Es digno de notar que, mientras casi todos los países neutrales se han visto obligados, a causa de la guerra, a acordar un moratorio, ha mostrado la situación económica de España ser tan firme que esta nación no ha tenido necesidad de recurrir a dichas medidas. El carácter serio del pueblo español se ha distinguido de nuevo en el cumplimiento de todos sus compromisos comerciales. Una gran parte del resultado obtenido en las relaciones entre España y Alemania toca al celo incansable del embajador de España, Sr. Polo

de Bernabé, el decano del cuerpo diplomático de Berlín, cuya simpatía por Alemania ha dado óptimos frutos, especialmente en esta época de guerra.

Probablemente ha de pasar mucho tiempo después de concertada la paz, hasta que las relaciones internacionales, con especialidad el movimiento de viajeros, entre en completa normalidad. Yo no dudo que la *corriente de los viajeros alemanes* se dirija muy especialmente, y con mayor intensidad que hasta ahora, a España, cuya riqueza en ciudades históricas y tesoros artísticos y bellezas panorámicas, precisan tan poco se las encomie como la caballerosidad y cortesanía proverbiales de su pueblo. También la modernización de los ferrocarriles españoles y del tráfico marítimo, a los cuales dedica el Gobierno español atención especial, como igualmente la construcción de nuevos hoteles en las grandes poblaciones han de contribuir grandemente a que el turista alemán dé la preferencia a España.»

Estado de ánimo en Inglaterra y Francia

POR HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN

Imposible es demostrar el día al día, que solo refleja confusiones en la confusión.

(GOETHE).

LA posesión de un juicio claro e imparcial es en los actuales tiempos casi tan necesario como la posesión de una tajante espada. Uno y otra es preciso sostenerlos con fuerte mano, para impedir el que las falsas ideas influyan sobre el primero, o que la otra se empeñe en batallas no deseadas. Existe un axioma francés, muy profundo, que nos dice: *Il ne faut pas chercher midi a quatorze heures*. Es decir: No hay que buscar el medio día cuando son las catorce. Sentencia que nos aconseja no complicar la sencilla realidad con laberínticas ilusiones. En la política ocurre eso muchas veces, y en la época actual más que nunca. Esta afirmación es tanto más exacta cuanto que parece que los hombres hemos sido dotados de un don especial para no poder apreciar con claridad los hechos más fundamentalmente sencillos.

Siempre nos llama la atención con más facilidad, lo que cambia y lo que se mueve que lo que permanece estacionario. Lo que dura, pasa muchas veces inadvertido.

Estas cosas estacionarias — por ejemplo el estado de alma de un pueblo que vive bajo ciertas circunstancias — si las hiciéramos objeto de una investigación detallada, veríamos que son más naturales y comprensibles de lo que nos habíamos figurado generalmente y en la mayoría de los casos, pero al mismo tiempo más ricas en particularidades individuales y en variaciones, que nos las había representado nuestra fantasía, adivinándolas con hechos artificiales. Ya nos dijo Goethe: «Todo es más sencillo de lo que parece, y al mismo tiempo más complicado de lo que podemos figurarnos».

Este convencimiento ha sido la causa del siguiente ensayo. Pues creemos seguramente que no dejará de tener interés para los alemanes, el formarse un juicio exacto — y no falso — sobre los sentimientos de los pueblos que han sido los que han dado causa, por medio de un estado de ánimo duradero y eficaz, y han hecho posible la guerra actual. La opinión dominante en Alemania era un inalterable amor a la paz, una sincera amistad hacia Inglaterra y vivos deseos de vivir en cordial armonía con Francia y cual corresponde a buenos vecinos. Existen numerosos e irrecusables testimonios que demuestran como la nación en masa participaba de estos sentimientos; tanto es así, que hasta el último instante nadie creyó en la posibilidad de la guerra; y la injusta agresión armada de Inglaterra, levantó de un lado a otro del Imperio un grito general de asombro, seguido inmediatamente por

otro aun más fuerte de indignación, que, como un viento de tempestad, barrió de una vez y para siempre la tenaz confianza y el mal pagado cariño que habíamos dedicado a la ingrata nación.

En la Gran Bretaña y en Francia, desde mucho tiempo atrás, dominaban arriesgados y distintos sentimientos respecto a Alemania; pero ¿de qué naturaleza eran éstos? Según mi juicio, la respuesta a esta pregunta, no puede menos de tener valor en la presente ocasión, y quizás más aún en lo porvenir. Esto nos hará conocer la materia en la que se ha modelado el arte de gobernar.

Ante todo, nos apresuraremos a hacer la presente declaración: Con la palabra *Odio* no se adelanta mucho en el conocimiento de las causas. No nos dejemos guiar por las manoseadas frases hechas. Entre el odio y el amor hay sitio para muchos sentimientos. Aun cuando es indiscutible que en los momentos actuales existen muchos obcecados ingleses que sienten arder en sus corazones el odio más salvaje hacia Alemania, y aunque tampoco es posible negar que algunos franceses están en la misma temperatura por haberse dejado influir por necias charlatanerías, mientras que los mismos alemanes cantan la Canción del Odio, no es por eso menos cierto que esta pasión no es la más dominante ni la más duradera; así es que no es necesario que nos detengamos a examinarla con más minuciosidad. Erutschke observa que la bondadosa naturaleza de los alemanes es difícilmente asequible al odio. El autor de la *Canción del Odio contra Inglaterra*, se bate como valiente alemán, pero procede de un pueblo que, al contrario del germánico, ha cultivado el odio como un don especial, un pueblo al que pertenecen las redacciones en masa del *Times*, del *Daily News* y de *Le Matin*; y esto no debe de echarse en olvido. El alemán, es decir, la raza germánica, no sólo es bondadosa, sino que lleva encarnado el sentimiento de la reflexión y de la justicia para preocupar su atención con antiguos odios de razas. El inglés es demasiado soberbio para odiar y el francés sobrado ligero. De modo, que tratemos de hacer el análisis correspondiente a cada uno.

Lo primero, asentemos este principio. No existe ni el más ligero vestigio de parentesco intelectual entre Francia e Inglaterra; aun cuando hoy día combaten juntos, no tienen ni un pensamiento en común ni un sentimiento que los una. Muchos de los prisioneros franceses dicen a sus camaradas de Alemania: «Preferiríamos pelear con vosotros contra los ingleses, que marchar en las filas hombro con hombro con esos *bougres d'Anglais*». Este es el verdadero estado de ánimo del pueblo. Quizás no se atreva a afirmar esto quien como yo no conozca lo bastante a fondo a ambos países, para poder medir la inmensa distancia que los separa. Docenas de veces he cruzado el estrecho brazo de mar que los separa, y siempre, al desembarcar, he sentido la misma sensación, tan fuerte que casi me hacía imaginar de que desembarcaba en otro planeta. Los naturales de todas las comarcas de los dos Estados, experimentan los unos hacia los otros una profunda e invariable antipatía. El hecho único de que no son capaces de entenderse, pone un sello de incomprendibilidad en sus relaciones, porque no hay francés que pueda pronunciar el idioma británico, y son muy pocos los ingleses que están en disposición de hablar constantemente el francés: esto hace que no puedan ni siquiera participarse cuanto se detestan los unos a los otros. La mala voluntad que manifiestan los anglosajones hacia los franceses, y que les hace ser severos hasta con sus costumbres físicas, ha encontrado hace poco acertada expresión en el libro de memorias de un teniente inglés, muerto en los campos del norte de Francia. La siguiente observación merecieron al difunto sus queridos aliados: «Creo que los oficiales franceses no se lavan en toda su vida». Respecto a la intelectualidad, la distancia que los separa es aún más perceptible. Ningún francés ha podido comprender jamás que se tenga a Shakespeare por un gran poeta, y en su mayor parte puede decirse que la literatura inglesa, para los franceses, es igual que si no existiera. Para Fausto y Werther, para Kant, Schopenhauer y Nietzsche, para todos los inmortales poetas y pensadores alemanes, tienen

las clases ilustradas francesas tesoros de entusiasmo, pero la manera de sentir y de pensar inglesa les parece bárbara.

Estos son los motivos por los que la *Entente Cordiale* no pasa de ser un ridículo sainete, verdad de la que ya se ha percatado la mitad de la tierra habitada, y en el que cada parte trata de engañar a la otra y a sí misma. Poco después de haberse formado la llamada *Entente*, regresé a París después de una breve visita a Inglaterra. Uno de mis mejores y más antiguos amigos en Francia, aprovechó la ocasión para presentarme a uno de los más brillantes inventores con que cuenta Francia y que al mismo tiempo es apasionado patriota y enérgico político. El que ocupaba el cuarto sitio en la mesa, era un distinguidísimo periodista adicto al partido conservador. Los tres franceses me demostraron una confianza completa; conocían la independencia de mi juicio sobre Inglaterra; y por mi dominio de su idioma y de su pronunciación me consideraban como medio compatriota. Las burlas que allí se prodigaron a la famosa *Entente Cordiale* no caben en los estrechos límites de este trabajo. Los chistes se sucedían unos a otros con la rápida brillantez de un ramillete de fuegos artificiales. El poco aprecio que les inspiraban los nuevos aliados, como seres tontos, pesados y escasos de inteligencia encontró múltiples formas de ponerse en evidencia. Recuerdo como en aquellos momentos de expansión, uno de los tres personajes que me rodeaban llegó hasta a querer privar a los isleños de la dignidad humana, asegurándome que eran una raza mixta, producto de un cruce entre perro y caballo. — «Los ingleses — opinaba este patriota — comprenderán que ha llegado la hora de aprender a chapurrear el francés, aunque sea a costa del sudor de su frente. Nuestros libros, nuestros cuadros y nuestra música encontrarán fácil salida en el mercado de Londres; darán representaciones que se contarán por llenos, en los principales teatros ingleses, pero nadie los comprenderá, aunque todos tomen a puntillo de honor el simular que los comprenden perfectamente. No hace mucho que le propuse a Mounet Sully, que en el primer acto de «Edipo Rey», substituyera el monólogo de dicha tragedia por el del cuarto acto de Hernani; apuesto lo que se quiera que ningún inglés hubiera notado el cambio». La conversación siguió en este sentido, repitiéndose con frecuencia la frase: «*Si les anglais sont assez betes, tant mieux pour nous*». — Si los ingleses son tan necios, tanto mejor para nosotros.

Algunos años después, circulaba yo por las calles de París en las altas horas de la noche, acompañado por el mismo buen amigo, cuando la casualidad nos llevó frente a los terrenos destinados a que se construya en ellos el monumento a Eduardo VII, el creador de la *Entente*. A su vista, el francés sufrió un ataque de risa tan violento, que tuvo necesidad de ponerse los puños en la cintura, y en cuanto se lo permitió su hilaridad, exclamó: «¡Pero qué imbéciles son nuestros gobernantes! Según mi parecer, no es a este rey de copas a quien se debió dedicar el monumento, sino a Liane de Pougy, que lo merece con mayor justicia». Tan sarcástico juicio le mereció el soberano de un país aliado y tan sangriento fué el comentario con que designó (sin ocultar el nombre de la conocida cortesana) los groseros móviles que se escondían detrás de la fraternidad anglo-francesa. Y con todo esto, es muy digno de tenerse en cuenta, que los avisados franceses que pretendían aprovecharse de la estulterez de los ingleses para utilizarlos en sus proyectos de *Revanche* contra Alemania, en realidad han sido las víctimas de sus aliados. No ha sido Francia la que ha convertido a Inglaterra en su bufón, sino la Gran Bretaña, la que ha sacrificado Francia a sus propios intereses.

Aquí llegamos a tocar la inmensa diferencia que divide a los dos pueblos francés e inglés. Los inteligentes franceses saben, desde el primero hasta el último, que se trata nada más que de una comedia política; los ingleses, al contrario, siguen respetuosamente el camino que les marcan sus jefes, tan serios como convencidos. En aquella época, no encontré ni un solo hombre, en Inglaterra, que se burlara de la *Entente cordiale*, ni siquiera sonriese al nombrarla. Allí estaban todos sentados, con las frentes contraídas a fuerza de fijar la atención, un diccionario en una mano y una gramática en la otra, procurando des-

cifrar la *Reine Pedongue* de Anatolio France (que era el libro prescrito), y lo que aun suponía mayor esfuerzo — saborear su exquisito humorismo — (que formaba parte de la consigna). La anciana Sarah Bernhard encantó a los públicos ingleses con el brillo de sus juveniles gracias: y cuando Camilo Rostand escribía una obra, cuya aburrida pesadez no podían soportar los parisienses, a pesar del colosal reclamo de su autor, no había más que transportar la obra a Londres, y el público, como un solo hombre, llenaba los teatros y aplaudía con el mayor entusiasmo.

Al mismo tiempo, se hizo desaparecer de todos los centros de instrucción, hasta de la Escuela de Guerra, la enseñanza del idioma alemán. Esta medida, que hasta ahora ningún político ha tomado en consideración, nos parece de tal importancia y consecuencias, que no vacilo en dedicarle párrafo aparte.

Con el transcurso de los años, se había despertado en Inglaterra un interés que siempre iba en aumento, por el idioma alemán. Cuando por los años de noventa y tantos volví a visitar Inglaterra, después de una prolongada ausencia, quedé muy sorprendido de encontrar muchos hombres y no pocas mujeres que comprendían bastante bien el alemán, y algunos que lo leían correctamente, y esto aun en círculos, que suelen estar alejados de cuanto representa erudición. Prescindiendo de hombres que, como Carlyle y Huxley, están acostumbrados a llevar sus investigaciones en los distintos ramos de las ciencias, el movimiento a que nos referimos había ensanchado de un modo notable su campo de acción. Inmediatamente después de la *Entente*, sobrevino la ruptura en este sentido. El Estado dió el primer paso y despidió a todos los profesores de alemán de sus centros de educación. En las grandes escuelas, que casi todas son independientes, se impuso con energía el mismo criterio, que fué seguido por los colegios privados, como no podía menos, puesto que todos estamos de acuerdo en proclamar que Inglaterra es el país de la uniformidad.

Cuando en 1908 le dije a un pariente mío, oficial del ejército inglés: «Si la Gran Bretaña intenta hacer la guerra a Alemania, encuentro que es poco práctico el que no empiece por imponeros el aprender alemán.» «Nada de eso— respondió el interpelado —, lo esencial es que podamos entendernos con nuestros aliados los franceses, sin contar con que todos los oficiales alemanes dominan el francés». De manera que si nos empeñamos en ver en todo este monumento, que fué obra de Eduardo VII y sus consejeros, nada más que una fatal y criminal ilusión, preciso será confesar que lo mismo que en la locura de Hamlet *había mucho méiodo en ella*. Podemos afirmar, que al contrario de los franceses, que se embarcan aturdidamente en aventuras, los ingleses han marchado con la más astuta reflexión hacia un fin determinado, que para ellos encerraba una extraordinaria importancia y ningún medio más conducente para lograr el objeto que hoy tenemos ante los ojos, que el cortar de raíz la propagación del idioma alemán, y con él los lazos que crea la comprensión de nuestro arte. El movimiento en favor de la lengua germánica, había que ahogarlo, para que fuera posible esta indigna campaña de calumnias contra Alemania; lo que contemplamos ahora con el horror que merece una de las empresas más criminales que se registran en la Historia Universal, y por desgracia acompañada por el éxito, al que ha contribuído la indolencia que nos caracteriza a los hombres. Para ponerse a la altura de la Francia literaria actual, no se necesitaban grandes esfuerzos de erudición. No era necesario empezar por Montaigne ni Pascal, respecto a Ronsard y Du Bellay se pasaba de largo. Voltaire y Rousseau no merecían mayor atención, y el gran Balzac quedaba siendo *terror incógnito*; en la mayoría de los casos, estos estudios literarios, empezaban por la *Naná* de Zola, abarcaban el mayor número posible de obras de Maupassant y llegaban hasta Anatolio France. Respecto a Alemania, ¡qué empresa tan difícil, o mejor dicho, desesperada, sería el introducir en el santuario del pensamiento, de la sensibilidad y de la vida de nuestra patria, a un ser que no comprenda el alemán! Este experimento lo he hecho sobre uno de los más importantes hombres de Estado de la actual política inglesa. Su francés, aunque muy defectuoso, le

ha bastado para tener un conocimiento general de los hombres de esta nación y cambiar ideas con ellos; pero de las ideas y sentimientos alemanes, tiene menos conocimiento que el hombre de la luna: y, sin embargo, habla y escribe y hasta nos juzga desde la altura de la curulea silla sobre la que su fantasía le coloca, con una imperturbable seriedad, pero sus juicios son falsos, infundados y sólo revelan falta absoluta de conocimiento en la materia. En la época presente, lo mejor del germanismo permanece oculto, tanto en lo alto como en lo bajo, y, en cambio, se procura exhibir cuanto de bueno pueda tener Francia. En esto, puede observarse unas relaciones doblemente atravesadas, pero que no permiten mirar hasta el fondo.

Por un lado se puede asegurar con certeza, que en Francia es el individuo aislado (bien sea afortunado inventor, sutilísimo crítico o brillante orador) el que despierta todos los entusiasmos, mientras que el resto de la nación permanece abrumado por la incuria, la falta de cultura y la escasez. Desde el punto de vista alemán, esta celebridad sería inaguantable, porque aquí ciframos todo nuestro interés en el conjunto de la colectividad, con lo que no sólo queremos designar la ilustración general y organizaciones establecidas, sino las activas, continuas e inteligentes relaciones que sostienen entre sí innumerables fuerzas que cada uno por separado quizás no sería justo el esperar que prestase extraordinarios servicios, pero que todos reunidos completan el conjunto de la brillante vida intelectual de miles de ciudades y contribuyen a formar la atmósfera en la que se desarrollan las grandes unidades: la familia, la música, la poesía y el amplio espíritu que anima todos los ramos de la cultura intelectual.

Francamente, debe de ser mucho más fácil medir con la vista aquella situación que ésta. A pesar de sus elevadas pretensiones, no se necesita extraordinaria capacidad para juzgar la labor de las contadas personalidades notables que existen en Francia; en cambio, los misterios de la complicada vida alemana, no podrá penetrarlos un extraño sin los mayores esfuerzos mentales por su parte, y sin recorrer toda la escala del sentimiento. Pero con esto no hemos llevado a cabo más que la mitad del experimento.

La observación de una vida es lo que completa todos los conocimientos y les da firmeza. En este caso, sucede lo mismo.

Cierto es que la vida en Francia, como conjunto, aparece más seca y pobre de mentalidad; y que París, por decirlo así, no es más que un foco de fiebre perpetua, que no se comunica a las demás regiones de ese gran país; pero tómese de entre esa masa de gentes un solo individuo, sea burgués o campesino, sin escogerlo, y casi en la mayoría de los casos se entenderá uno muy bien con él; aunque su inteligencia no pueda pasar nunca de cierto grado, es vivo y flexible; y a pesar de que su idioma, comparado con el alemán, es escaso de voces, llena por completo sus necesidades y, sobre todo, lo manejan admirablemente. Todos sabemos las dificultades y disgustos que proporcionaría en Alemania una prueba de ese género en los tiempos que atravesamos. Y, sin embargo, podemos hoy llamar a Francia la *nación sin genio*; y al hacer esta afirmación, no temo pecar de exagerado. Puede asegurarse que el genio de la poesía es allí una cosa tan exótica como imposible, mientras que Alemania merece con justicia el nombre de la mansión del genio. Del genio que lo encontramos latente en todas las esferas sociales, que crece en la obscuridad y aquí y allá da poderosos testimonios de su existencia. Quizás hasta ahora no nos hemos dado cuenta, dicho sea entre paréntesis, de que semejante genio sólo puede existir allí donde la atmósfera está impregnada de *genialidad*. Un genio es un gran productor, pero también consume en la misma proporción, y que, para nutrirse, necesita muchos productores y no pocos consumidores. La genialidad sin talento (caso muy frecuente en Alemania) es escasa de palabras; el talento sin un solo vestigio de genio (en Francia se encuentra por todas partes) se mueve con la graciosa ligereza de un pájaro, sin que lo abrume la carga de los ideales. Todos pueden comprender que, en esta segunda parte de nuestro experimento, también

resulta Francia mucho más accesible para el forastero que Alemania. Casi puede decirse que en cada francés pueden estudiarse los trazos característicos de todo el pueblo. Cuando desembarqué la última vez en Boulogne, supe, no sin el más vivo sentimiento por mi parte, que tenía que esperar tres cuartos de hora largos antes de que llegara el tren que debía de conducirme a París. En mi desesperación me puse a charlar con el fogonero de una locomotora, y reconozco sinceramente que pocas veces he sostenido conversación más agradable, hasta el punto de que me disgusté muy de veras, cuando resonó el grito de *jen voiture s'il vous plait!* El buen hombre no sabía nada más que lo que sucede en Francia, y sus conocimientos no traspasaban las fronteras de su patria; ¡pero qué bien enterado estaba de sus relaciones políticas!, ¡qué juicio tan claro y preciso sobre los aventureros que forman su gobierno! Se expresaba en el más puro francés, con todos los chistes, picantes salidas y graciosas ocurrencias a que se presta este idioma: estaba perfectamente en situación para haber saltado desde su locomotora al Palacio Bourbon y haber subido a la tribuna para tomar parte, con brillante elocuencia, en un debate político. En las maneras tampoco se diferenciaba el fogonero del Presidente de la República: amabilidad, sencillez y seguridad unida a la cordial igualdad de hombre a hombre, nada que recuerde a nuestra medieval orden de jerarquías ni a nuestra solemnidad germánica. Por eso es Francia la nación más agradable del mundo, y por eso la sociedad allí es un verdadero placer y no una carga como en los demás países; y se comprende que los ingleses, que pasen los tres meses de vacaciones en Francia y entre franceses (costumbre que ahora se ha extendido mucho), vuelvan a su país con un conocimiento bastante exacto de este pueblo. El alma francesa no tiene mucho que enseñar, pero, en cambio, no oculta nada, y a eso se debe que la impresión que produce sea completa y definitiva.

Muy distinto es, cuando los ingleses, sin previa preparación, vienen a pasar un par de meses a Alemania (cosa que antes pasaba con frecuencia) y se marchaban llevándose una impresión parcial, incompleta y borrosa. Los alemanes típicos no se encuentran en las estaciones del ferrocarril, si es que verdaderamente puede asegurarse que existan; y si tiene la suerte de ser presentado a alguno de ellos, es lo más posible que este alemán, como muchos y muy eruditos que yo conozco, no despegue los labios en toda la noche para pronunciar tres palabras; o si al fin se decide a hablar, lo hace de un modo tan profundo y despiadado que el pobre inglés siente girar su cabeza como si tuviera dentro una rueda de molino, o bien toma las cosas desde el punto de vista de un sentimentalismo tan elevado, que el inglés apela a la fuga.

En una palabra, aquí no domina el tipo, sino las personas; y casi cada alemán de alguna importancia, pretende que las demás almas se fundan en el mismo molde que la suya. Esto dificulta mucho las conexiones.

Se comprende qué consecuencias tan profundas y definitivas puede acarrear la prohibición de aprender el idioma alemán, para las relaciones entre Inglaterra y Alemania.

Si deseo ahora hacer una observación más detallada del estado de ánimo que desde hace años dominaba en Inglaterra, respecto a Alemania, empezaré por declarar que la prohibición de aprender la lengua alemana, no ha creado ninguna situación nueva, no hizo más que copiar la ya existente y darle la fuerza necesaria para tomar el carácter de una inminente e irremediable catástrofe. Porque el hecho cierto, el sencillo y absoluto hecho cierto, para cuya demostración podemos presentar miles de pruebas, con la misma facilidad que una sola; el hecho cierto que ha llegado por sus pasos, y que no bastan las habilidades de la diplomacia para borrarlo ni desvanecerlo, es el siguiente: Desde hace años, es la idea fija, confesada o no confesada, de todos los políticos ingleses, la destrucción del existente Imperio alemán, regido por la dinastía prusiana; y hay que tener presente, que todo inglés medianamente ilustrado, se dedica a la política desde la mañana a la noche. El desarrollo de las bien meditadas reformas que introdujo Eduardo VII, con ayuda de la prensa com-

prada, sólo sirven para demostrar que al sueño más o menos consciente (al que bien hubiera podido dársele dirección distinta) siguió de la noche a la mañana el firme propósito, la resolución, y, por último, la ejecución. Ahora ha tomado forma y se ha mostrado de cuerpo entero la antigua rivalidad que desde los años de 1814, 1870 y 1900, en tantas ocasiones se ha hecho traición a sí misma.

Como no quiero ocuparme aquí de alta política, sino del estado de ánimo en general, me permitiré tomar las pruebas que confirmen mis afirmaciones de la vida cotidiana. De algunos acontecimientos, he hablado yo, con frecuencia, y hoy para ensanchar el círculo, procuraré traer otras experiencias a mi memoria. Por ejemplo, esta mañana he recibido una carta que me ha escrito una señora alemana, que hace ocho años pasó varios meses con una familia inglesa. Según me comunica mi amiga, pasó una temporada muy agradable y se vió rodeada de atenciones; solamente el amo de la casa — un hombre en lo demás delicado y caballeroso — a menudo, mientras leía los periódicos a la hora del almuerzo, murmuraba entre dientes: —*We must soon matre up our minds to clerush Germany.* (Es necesario resolvernós pronto a destrozar a Alemania.) Y esta opinión se manifestaba siempre que encontraba la confirmación de un nuevo progreso en Alemania: un considerable aumento en la importación y exportación, un notable descubrimiento químico, o la construcción de un nuevo transatlántico más grande que los mayores de Inglaterra. Esta vez la respuesta sale de la boca de un, fuera de esto, político e inofensivo ciudadano: *Destrozar a Alemania.* Tres cartas más de otras tantas damas, que durante los últimos diez años han habitado algún tiempo en Inglaterra, me dicen lo mismo y casi con las mismas palabras. Una de ellas ha pasado dos años al norte de la isla, otra estuvo en Londres y la última en las costas del sudoeste. Como prueba de convicción, concedo extraordinario valor a la carta de un suizo propietario de una fonda, que me dice lo siguiente: *Como suizo y fondista, no tengo derecho a meterme en política.* Pero quien tiene orejas no puede evitar el oír. Un hombre semejante, cuya casa tiene renombre europeo, está en la situación más a propósito para recoger impresiones para poder juzgar la opinión pública. Desde su casa ve y oye a hombres de todos los países y de distintas esferas sociales. Mis artículos sobre la guerra le dan pie para comunicarme que tampoco ha tropezado nunca con un alemán que deseara la guerra, ni uno solo; pero, en cambio, de diez años a esta parte, todos los ingleses y las inglesas que han pasado por el hall de su fonda, han manifestado día tras día la conveniencia, o mejor dicho, necesidad, de una guerra contra Alemania, en la que Inglaterra tuviera ocasión de destrozar el Imperio alemán.

(Se continuará)

La Espiritualidad alemana

POR LUIS VIOLA Y VERGÉS

CUAL si de manifiesto quisieran que flotara la duda de su potencialidad, de Francia y de Inglaterra, además de las noticias convencionales con que atiborran columnas y más columnas de la prensa diaria, llegan multitud de folletos a precios baratos, como mejor asimilación de su contenido, en el que no asoma ni un adarme de sentido común, notándose a la legua, que ni por su fondo son nacidos del propio humano sentir, sino impuestos por las circunstancias. El éxito de la titánica lucha proseguida brillantemente por los honorables ejércitos de los Imperios centrales, quieren contrarrestarlo atacando su altísima mentalidad, su superior cultura; quieren, abusando del acaparamiento

de las comunicaciones mundiales, imponer a los pueblos que sostienen su estado neutral conceptos contrarios a la realidad, y por falta de convicción real caen en el renuncio de las novelas folletinescas, huera de sentido común, dando así mayor margen a la formación del buen sentido, o sea a la inversión total de su desnaturalizada gestión.

En España pueden compararse los periódicos adictos de uno y otro beligerante, y el hombre sólo medianamente ilustrado rechazará las formas generalmente soeces de los dictados de la prensa germanófoba con que pretenden apoyar tesis absurdas. La falta de respeto aun a sus mismos lectores, fatalmente para ellos y en términos siempre generales, va hermanada con la falta de sentido común.

Excitando, impulsando, dando mayores bríos, de esta forma, al innato carácter meridional español, rey absoluto de lo superfluo, dominante tiránico de lo externo, se consigue arrastrar a las víctimas de su misma inconciencia. La ceguedad de los apasionamientos tiende certeramente a que las discusiones se agrien sin que la luz de la Verdad logre abrirse paso en los cerebros perturbados por las lecturas malsanas que le sirve su prensa diariamente.

Para formarse concepto exacto de un pueblo hay que conocerlo en tiempo de paz, y el juzgarle por los relatos que quieran vulgarizar sus propios enemigos en la guerra actual es la negación más completa de la lógica.

Costumbres y usos son invariablemente derivación directa y real del carácter íntimo de un pueblo. El cariño a la verdadera vida patriarcal de la familia, la adoración por los niños, las instituciones culturales, las leyes favorables a los desvalidos y la disciplina forman una dignísima corona de la nobleza en el Ideal de los Imperios centrales.

Un detalle precioso de alta espiritualidad del Imperio alemán ofrece uno de los mejores escritores franceses muerto recientemente.

Se trata de Mr. Jules Huret, redactor de *Le Figaro*, que dice en su libro titulado «Berlín» (publicado en 1913, páginas 21-23):

«He dicho ya muchas veces el amor de los alemanes por las flores. Debo aún repetirlo. Desde el mes de mayo se instalan de una forma sorprendente a través de toda la población, desde las villas y hoteles particulares del Tiergarten hasta las casas de alquiler de los barrios populares. Hay especialmente un barrio obrero, el Alt Moabit, donde en verano se pasea entre dos verdaderas paredes de flores de veinte metros de altura. De arriba a abajo de las fachadas, todos los balcones son literalmente cubiertos de geranios y otras flores y plantas que crecen para luego caer en cascadas de un balcón a otro. Algunos han tenido la idea de combinarse las cortinas con plantas, sobre cuyo verde fondo alternan las flores, lo cual resulta encantador y hermoso como la campiña en Primavera.

A fin de fortalecer este gusto de los berlineses para el adorno de sus casas, el Municipio organiza concursos de balcones floridos. También existe un premio creado por el Emperador dedicado a la más hermosa iniciativa. Las sociedades particulares y el Municipio distribuyen cada Primavera a los niños de las escuelas rejetsones de geranios, rosales, etcétera, que deben presentar al fin del año escolar, y entonces las plantas más hermosas son premiadas.

Estos procedimientos de emulación no son particulares de Berlín. En Mannheim, cuando la hermosa Exposición de 1907, también se entregaron rejetsones a los niños de las escuelas de la región. El 20 de agosto la procesión de escolares llegó del campo a los terrenos de la Exposición por grupos de ciudades y clases y cada uno llevando la planta que había cuidado durante muchos meses. El Comité de la Exposición les dió gran número de premios, les colocó en las escuelas, obsequiándolos durante dos días después de pagar a todos los gastos del viaje.»

La delicadeza de fiestas de esta naturaleza no se improvisa; son cosas que salen del alma y de un refinamiento mental incomparable; ¡y a este pueblo se le discute su cultura,

y sobre el mismo se acumulan crímenes sólo capaces de cometer por quien propala tamañas imposturas!

Ya cesó por fin la prensa enemiga de querer aniquilar en letras de molde a los Imperios centrales; acabó por fin la era de supuestos repartos. ¿Cuándo acabará la campaña de insidias y de calumnias? Nunca, porque esta campaña infamante es similar a los ladridos del can faldero cuando, huyendo acosado, instintivamente ladra a un enemigo mayor.

El gigante funesto

FANTASÍA POR OTTO SEEGEL

«Fou lo gegant que pinten amb tot l'Olymp en guerra;
l'ixent sol amb sos braços tocava i'l que's pòn;
i no content d'estrenyer com dintre'l puny la terra,
d'estels volgué pujar-se'n a coronar son front.» (Verdaguer.)

UN gigante vive encastillado en una isla. El proceloso mar, que circunda las costas de la misma, le pone a cubierto de toda asechanza y le ofrece eficacísima protección. Convencido de su fuerza y soñando en conquistas, poderío y riquezas, quiso dilatar la corona de agua que ciñe su frente por todos los ámbitos del mundo, encerrando en su cerco a todos los pueblos.

En guardia desde largos siglos, volviendo los ojos a Oriente y a Poniente, envió sus naves, tomando lo que los otros no supieron guardar. Los pueblos temblaban al escuchar su voz; era el dueño de los mares, dispuesto a gobernar el mundo, y a conservar a todo precio lo que había ganado, haciendo caso omiso del derecho de los demás, usando arbitrariamente de su poder enorme por el privilegio que la naturaleza le concedió.

Su mirada es fría; piensa solamente cómo puede aprovechar las discordancias de los otros para sí mismo. Convencido del resultado de sus cálculos, con su mano de hierro estrecha lo que quiere para no dejarlo jamás. Su avaricia no sólo se reduce a aumentar las inmensas riquezas que posee, sino que envidia la dicha ajena y procura evitar su encumbramiento. Según su mezquino criterio, nadie tiene derecho a igualarle, y es objeto de sus maquinaciones quien pueda superarle. Los jardines hermosos que su competidor posee en las otras partes del mundo tienen que pertenecerle. Todo el oro que se encuentra, lo quiere; es su único pensamiento: todo el oro para él. Que aplaste a los otros, que les suma en la miseria, que destruya tanta felicidad por su proceder, ¿qué le importa?

En su espíritu se unen como tres gracias, la avaricia, la ambición y la sangre fría, empujándole a proseguir su camino.

Hace siglos ya que está en su puesto. Lo que piensan los otros no le importa mucho; sus ideas son firmes, siempre las mismas.

El es el gigante, el ser superior que gobierna el mundo. Para éste habla poco. ¿Por qué entretenerse con otros, que no son sus semejantes? Las lenguas de los otros no le gustan, ni tiene tiempo de aprenderlas, ni tiene ganas. Si los otros quieren ponerse en relación con él, tienen que hablar su idioma, el que habla el gobernador del mundo. Bajo su protección tienen que estar todos y ha conseguido hasta ahora su deseo, oprimiendo con su fuerza la tierra, subyugando a los pueblos.

Al cruzar los mares las naves de Colón y descubrir un nuevo Continente, se extendió el poderío de España, de este país lleno de sol y de alegría, de donde partieron los conquistadores, llevando consigo la cultura de la vieja Europa.

Carlos V, cuya frente ciñó las coronas imperial y real de Alemania y España, reunió bajo su cetro glorioso un emporio tan vasto, que en sus dominios no se ponía el sol. Este excelso soberano dijo: «¡Quisiera ver orgulloso al español!»

Motivo tenía el gran emperador para explicarse así. España, cual majestuosa señora, atraía las miradas del mundo entero. Pero el gigante en la isla de las tinieblas no dormía, la observaba bien, y con envidia veía la potencia que contenía la unión de la laboriosa Alemania con la España rica y brillante.

Mientras que el emperador se hallaba ocupado con sus guerras de religión, el gigante hacía sus cálculos. Las discordias religiosas entre los espíritus de la gente de aquellos tiempos tenía que aprovecharlas. Felipe II lo presintió, conoció a su enemigo, Inglaterra o España, y envió la armada. Tembló el gigante, pero el huracán fué su aliado y destruyó el sueño del rey, que dijo a su almirante: «No contra los elementos te he enviado, sino contra hombres solamente».

Empezó el gigante a construir una armada para sí, llevando a cabo su deseo, mientras que el Continente estaba devastado por la guerra de los treinta años.

No dejaba pasar ocasión para enriquecerse. Luchaban las naciones para poner un rey sobre el trono de España, y entretanto él ocupó Gibraltar, fortificando las torres de Hércules, que guardan la puerta del Mediterráneo, de la misma manera que su castillo, la entrada en el mar del Norte.

Dicen muchos que la libertad es el principio fundamental de su proceder, y tienen razón: libertad para tomar lo que le convenga. Se encuentra uno enfermo y el gigante le dice: «Quiero ayudarte». Le presta dinero, mucho dinero. El pobre se deja deslumbrar, le da las gracias, y el todopoderoso se despidió saludándole: «Disponga usted de su seguro servidor». Pero al poco tiempo, el deudor no puede pagar. Entonces se convierte el amigo en señor. Para la deuda y los intereses empeña algo el pobre, que dice: «Toma lo que quieras», y el gigante se queda con el dinero y la libertad de su buen amigo. Una vez ya fracasó al proceder de ese modo. De su propio país emigraba mucha gente al otro lado del Atlántico, estableciendo allá sus casas como en su tierra vieja. Pero, como es natural, estos hombres tenían las mismas ideas que el gigante y se libraron de él, lección provechosa que le indujo a buscar la indemnización en los demás.

Las luchas que sostuvieron los pueblos del Continente durante largo tiempo las aprovechó él para desembarcar donde era necesario, a fin de extender su potencia. Dejaba a los viejos reinos disputarse unos palmos más de tierra en Europa y se construyeron castillos fuertes en todas partes del mundo, ganando así Canadá, las Indias, Australia y gran parte de Africa. De estas plazas fuertes salió su influencia hacia el interior. Sus colonos tomaron el terreno de los indígenas o de sus sucesores, los cuales, si querían tratar con él, tenían que hablar su idioma, que imponía así a todo el mundo.

Si los pueblos del Continente pasaron la crisis de la revolución con sus consecuencias, el gigante se quedaba tranquilo, pensando siempre cómo podría hacer uso de las ideas de libertad, legalidad y fraternidad. Napoleón era su rival, porque tenía el mismo orgullo de gobernar el mundo. Cuando vió a este gran general embarcándose en Brest, amenazándole, tembló otra vez, pero supo apartar el peligro por la guerra de Austria que empezó en aquel momento. Con la ayuda de los otros pueblos consiguió desterrar a su competidor a Santa Elena, tomándole toda su herencia.

Los otros necesitaban mucho tiempo para restablecerse, pero él tenía todas sus fuerzas, dispuesto a completar su obra. En comparación de él todos eran pequeños y estaban atemorizados a su voz. Como los ojos de un tigre que está al acecho, así brillaban los suyos,

a cuyas miradas nada pasaba inadvertido. Para el progreso dejaba trabajar a los demás; pero una vez puesta en práctica una obra, tenía que apoderarse de la fruta ajena. Con el menor esfuerzo posible ganar mucho es su principio. La ejecución de la obra para los otros, pero ésta para él.

Construyeron los franceses el canal de Suez, y con el arte que había adquirido durante una práctica de siglos, supo hacer que esta obra hermosa quedara entre sus manos.

También los españoles sintieron su potencia, y conquistaron parte de Marruecos. ¡Cuántas esperanzas se perdieron al abandonar Tetuán por los oficios del gigante! Su torre era fuerte, las columnas de Hércules le pertenecían. Podía sacrificar España su dinero y sus hijos, pero el resultado de su esfuerzo había de ser para el gigante.

¿Quién podía levantar su voz contra él? Nadie. En las grandes guerras del siglo pasado luchaban pueblos del Continente, que todavía no pudieron hacerle daño alguno, pues ganaba mucho dinero tratando con franceses y alemanes en el año terrible.

Siempre trabajaba para consolidar su imperio, no estimando los derechos de los demás. «Deben desaparecer unos estados que no tienen razón de ser», dijo. No impidió que España perdiese las últimas perlas de su poderío: Cuba, las Filipinas; al contrario, podía ganar ahora sin escrúpulo alguno el oro del Transvaal.

El no quiso quemar sus manos para ayudar a los demás, pero supo usar los rencores de los otros para su provecho. Para salvar las Indias delante de la amenaza de Rusia, provocó la guerra ruso-japonesa, desviando de esta manera el daño.

Tanto el cántaro va a la fuente, que se rompe. La fuerza de Alemania crecía de año en año; aquí no había límites. Pero el gigante, que había sido el primero durante largos siglos lo quiso ser siempre. Iban a la par el crecimiento de aquel estado con el de la ambición del gigante. ¿Cómo era posible arreglar la cosa en este caso a su provecho? Con su sangre fría se puso a la obra de exterminar al competidor. Los pueblos, las razas, sus adversarios anteriores, todos le tenían que ayudar. Era un cálculo inmenso que hizo en su cerebro. ¡Si esta vez se destruye todo el mundo, qué importa, si él se mantiene con el menor sacrificio de su parte!

Sabía cizañear en todas partes, usando de viejos ardides: Alsacia-Lorena para los franceses, Constantinopla para los rusos, pero el mundo para él solo. No satisfecho con oprimir la tierra, intentó subir al cielo para coronar su frente de luceros!....

Piensen los españoles recibir Tánger, y dice él: «Noli me tangere», y así para todos los que luchan en su beneficio, tendrá su salida. Ha encendido el gigante la lucha en el mundo, pero también en el corazón de su adversario un odio que no podrá extinguir, ni con indios y negros, ni con amarillos, y ya vemos que Alemania es fuerte.

Pero aun existen las torres que ha construido. Ahí están Dover y Suez, y más acá está Gibraltar. Ya veremos si son bastante fuertes contra la resistencia de pueblos que luchan por su existencia, que quieren adquirir su libertad, que sacrifican lo que poseen, riqueza y sangre, teniendo como aliados su derecho a existir y el alma fuerte de David al dar el golpe decisivo a Goliath, para liberarse del yugo de este gigante funesto!

«I ¿què'ns caldrà a nosaltres? ¿seguir la rierada
o contra'l fat empènyer la barca a vela i rem?
¿dels massa crèduls riurens, o fer amb ells llaçada?
Titans de cor de roure, digau-me: ¿què farem?»

Arte germano

Restos de la Raza Germánica en el Norte de Francia

POR H. A. WALDNER, ARQUITECTO

EL estudio de los vestigios del arte y de las costumbres germanas, que aun subsisten en los usos populares, la nomenclatura, el idioma, etc., de las regiones del Norte de Francia, han ocupado con frecuencia la atención de nuestros germanistas, y el fruto de esas investigaciones ha conducido a veces a importantes descubrimientos. Sin embargo, escasos han sido los resultados obtenidos en el campo de la arquitectura; sobre todo la construcción de viviendas en ese territorio aguarda aún cuidadosa y bien meditada investigación, que ponga de manifiesto los restos que todavía existen.

Esto es tanto más sorprendente, cuanto que en Alemania, lo mismo que en las partes fronterizas de Holanda y Bélgica, la exploración para el descubrimiento de los antiguos tipos de construcción, ha sido sabiamente conducida, aunque allí también quedan, por el presente, muchas cuestiones que esperan todavía su solución. Pero de todos modos, en los sitios antes citados, hace ya mucho tiempo que peritos y aficionados al arte antiguo han extendido por ese lado el campo de su actividad, empleada en conservar lo existente, y por medio de la cuidadosa conservación de estos restos, poder ofrecer una sólida base para un detallado trabajo científico.

Por desgracia, entre estas regiones exploradas, no se contaba la antiguamente germánica del Norte de Francia, perdiendo así la oportunidad de poder descubrir y conservar los últimos restos de los más antiguos modelos de construcción de casas. Las pérdidas que habrá ocasionado la guerra, que hoy asola aquellos contornos, en los aun existentes edificios de la Edad Media que enriquecen sus campos y villas, son ahora imposibles de calcular todavía. Pero tan pronto como termine la guerra, los sobrevivientes tienen el deber de iniciar los trabajos preparatorios para una activa y científica investigación, que podrá tener importantes resultados para la cultura germánica.

No cabe la menor duda de que en una región, como, por ejemplo, la de *Boulogne*, que en un tiempo colonizada por sajones, y en la que aun hoy *subsiste un dialecto germánico*, quedarán seguramente numerosos recuerdos de la arquitectura germánica en sus edificios y monumentos. Conocido es por todo el mundo, que esas líneas y formas se han sostenido entre los habitantes de esas comarcas durante siglos enteros, y no necesitamos el testimonio de Violet-le-Duc, que nos participa que en la parte del territorio normando ha visto muchos edificios pequeños que recuerdan el arte de construir del Norte y tienen semejanza con los que reproducen los reales tapices de Bayeux. Desgraciadamente, Violet-le-Duc no llevó sus investigaciones hasta fijarse en los detalles y particularidades de los diversos edificios que, según sus informes, podían encontrarse aún con frecuencia en el pasado siglo, y su trabajo no nos pone en condiciones de poder juzgar con conocimiento de causa, la factura del plano fundamental, las disposiciones del patio, ni otras importantes particularidades. Mucho dudo de que en la actualidad se pudiesen encontrar algunas de esas construcciones aisladas, pues he recorrido ya infructuosamente todo el territorio que fué campo de las observaciones de Violet-le-Duc. La mayor parte de esas pequeñas construcciones de madera han sido sacrificadas a los trabajos de renovación del siglo xix.

En las ciudades de Normandía, aun he llegado a alcanzar muchas construcciones de

fábrica y madera: y por estos edificios podemos constatar, lo mismo que por los del mismo estilo que abundan en las ciudades alemanas, que la casa habitación urbana ha tenido su origen y desarrollo en la construcción rural. Unas investigaciones bien dirigidas sobre estos edificios de fábrica y madera de la Edad Media, y un estudio comparativo con las viejas construcciones rurales que aun podían encontrarse, sería un trabajo que, sin duda alguna, conduciría a descubrimientos muy dignos de ser tomados en consideración.

La construcción de las casas con el tejado puntiagudo en el frente que da a la calle, se ha sostenido tanto en el Norte de Francia como en las ciudades alemanas, hasta el último período de la Edad Media. Al principio el orden de la arquitectura exigía que el canalón de desagüe fuera exterior y cayera directamente a la calle. Pero después se ha tratado de conservar, por medio de los tejados con alero muy saliente, la antigua silueta de los edificios, como puede verse en Linéux y en otras antiguas ciudades normandas.

En estas viejas construcciones, pueden encontrarse aún numerosos restos del arte normando de los trabajos y adornos en madera; cuya técnica, por medio del empleo de arcos en madera, llevaba el sello de la arquitectura naval, y fué causa de que en esas ciudades marítimas, el arte de la carpintería se elevara a un alto grado de perfección.

También en las comarcas pobladas por los francos pueden encontrarse aún algunos vestigios de la colonización franca y de su manera de construir. Así lo demuestran las siluetas de varias aldeas en las cercanías de Laon y Soissons, y otras en las regiones fronterizas que también llevan el sello de la arquitectura franca en la disposición de sus masías y la forma de sus casas, tanto que algunos de estos lugares con su plaza guarnecida por altos tilos, tienen notable semejanza con las aldeas que pueblan las orillas del Rhin. Creemos que valdría la pena de hacer un examen del viejo *Litus Saxonicum*, en las llanuras y montañas de Cassel, con relación a los restos existentes en las regiones dichas de la casa de un solo tejado. Este es un terreno fecundo y en el que se pueden hacer numerosas investigaciones respecto a la casa germánica, cuya importancia hoy es tanto mayor, cuanto que en plazo quizás muy breve, pueden desaparecer inapreciables comprobantes, en cuanto den principio los trabajos de renovación, que coincidirán con el término de la guerra.

Desde luego que la aristocracia de la raza germánica durante la Edad Media, ha dejado monumentos más importantes en la arquitectura de los templos, que esas sencillas viviendas.

Para los amantes de la cultura alemana, esa comarca en la que penetró el ala del norte de nuestro ejército, después de romper la línea entre Laon y La Fère, está cuajada de reliquias de inestimable valor. Saludemos, ante todo, a la espléndida Catedral de Laon, que se alza altiva sobre las rocas, dominando las llanuras del Norte de los Países Bajos, y es la más exuberante y acabada manifestación de la arquitectura franco-germánica; ¡qué obra de gigantes tenemos ante los ojos si nos la imaginamos con sus siete torres erguidas, sobresaliendo de las derruidas murallas de la soberbia fortaleza de la Edad Media y protegiendo todo el valle cubierto de espesos bosques! Hoy mismo que la civilización ha cubierto de terrenos cultivados toda la comarca y que una arquitectura mezquina e insignificante rodea a las uestas rocas, es este monumento un verdadero alarde de magnífica esplendidez.

Ninguna de las Catedrales que la sucedieron y que indudablemente son más ricas en prolijos detalles, puede compararse, según el criterio alemán, a esta admirable obra tan severa como viril. Es muy comprensible que sintamos halagado nuestro orgullo nacional al encontrar visibles reminiscencias de esta obra maestra en muchas de nuestras iglesias, que podríamos calificar de hijas del mencionado monumento arquitectónico. Entre éstas, las de Naumburg y Limburg son las más hermosas y conocidas; sobre todo en esta última, contribuye la belleza del paisaje a aumentar la semejanza. Claro está que ni por un momento puede compararse a la imponente mole de Laon, con la que los modestos recursos del santuario alemán no podían competir.

En la concepción de la fachada de la Catedral de Laon, se inicia modestamente la idea de formar un frente que exista por sí mismo y cuyas líneas tengan conexión con el cuerpo total del edificio. El frente principal se desenvuelve con claridad y consecuencia de sus partes constituyentes; que son las tres poderosas construcciones de la entrada, las dos torres erguidas sobre las naves laterales y la construcción del centro, cuyo inmenso rosetón refleja las altas bóvedas de la nave central. Las atrevidas formas de la construcción de sus torres, son un modelo acabado de belleza en los contornos y de armonía en sus proporciones. La imponente silueta del gigantesco edificio, se puede apreciar en todo su esplendor si se observa desde cierta distancia esta construcción de primer orden que tanta semejanza tiene con un castillo. Los mejores puntos de vista son las extensas llanuras que se extienden hacia el Norte, o las plácidas colinas del Aisne que miran al Sur. Tal es la situación que ocupa esta obra gigantesca de los tiempos antiguos, verdadera maravilla de la floreciente cultura franca, y es la primera de las grandes Catedrales que se presenta a los asombrados ojos del viajero que llega de la parte oriental. Ella es la primera etapa del camino a todos los grandes y admirables monumentos que sembró en este país, estableciendo en él su inteligente preponderancia, una raza germánica; una generación de caballeros que, después de siglos de decadencia y de degeneración, encontraron un fin sangriento en la revolución entre románicos y celtas.

Un mundo de altivos e inolvidables recuerdos se abre ante nuestros ojos, si dirigimos la vista desde las torres de Laon hacia la parte de Soissons, donde Clóvis fundó el reino de los francos, y la extendemos por aquellas villas y pueblos donde la raza aristocrática de los francos tuvo sus más florecientes épocas. A nuestra memoria acude el lema de la casa de Coucy, cuyo castillo está inmediato, y que demuestra las ideas de aquella altiva y caballeresca raza:

Roy ne suy

Ne Prince, ne Duc,

Ne Comte aussí

Je suis le Sire de Coucy.

Era el tiempo en que las murallas de cinco metros de espesor de sus castillos hacían a estos magnates francos, señores absolutos e invencibles de sus territorios. Los hijos que nacían después del primogénito, en estas viviendas feudales, ocupaban la silla episcopal de la ciudad, y se afanaban por aumentar sus riquezas y poder dotando a la Iglesia de espléndidos edificios. Tanto más era el celo que aportaban a estas y otras piadosas empresas, como, por ejemplo, las Cruzadas, que distraían a sus inquietos vasallos y sujetaban más las crecientes fuerzas de las ciudades. Esta especialidad del temperamento galo, ya lo había descubierto Tácito cuando le inspiró la siguiente frase: *hambriento de cosas nuevas*.

Tres siglos después, cuando retumbaron los cañones de Enrique IV, ya habían pasado a la Historia los esplendores de la casa de Coney. El más galante de los reyes, el que siempre tuvo en los labios un chiste o un beso, según nos dice la tradición, por una de las espirituales ironías en que su carácter fué tan pródigo, convirtió la más formidable mansión de la aristocracia franca en nido de sus amores, y en él su bella favorita Gabriela dió a luz al Príncipe que figuró en la Historia con el nombre de *César de Vendôme*.

El derecho de gobernarse a sí mismo que antes era patrimonio de la nobleza franca quedó roto, y sólo les quedó el de llenar de figuras decorativas las reales antecámaras de los palacios, pues para los cargos políticos se prefería a los italianos por considerarlos instrumentos más dóciles. También el arte se inclinó hacia la escuela italiana. El arte de los escultores patrios fué mirado con indiferencia y aun mereció desdén, y éstos tuvieron que aprender las enseñanzas de artistas venidos del Sur. La arquitectura del Norte, obra de los francos, que durante su época extendió sus dominios por los países gálicos y eslavos,

fué tratada por los nuevos favoritos de la Corte como *bárbaro* producto de los *godos*. Algunas preciosas muestras de ese arte fueron reducidas a polvo, aun antes de que la gran Revolución, que libró a los galos de todas sus ligaduras, se esparciera como una tromba de fuego por todo el territorio; destruyendo en su insensato furor innumerables y valiosos testimonios del arte franco-germánico de la Edad Media.

Todos los desperfectos que han ocasionado en las Catedrales francesas las guerras, tanto de los tiempos modernos como de los antiguos, son insignificantes si se comparan con los premeditados destrozos que las causaron durante la época de la Revolución los sacerdotes del *Ser Supremo*, y los producidos por la incuria de las siguientes generaciones.

En cuanto a la Catedral de Reims, los daños causados por el incendio de la techumbre no son una desgracia irreparable, puesto que la parte superior de la nave central sólo hace algunos lustros que fué totalmente renovada. En cambio, las admirables vidrieras de colores que adornaban sus ventanales, desaparecieron la mayor parte durante el siglo XVIII *para mejorar la luz interior* de la iglesia. Un sinnúmero de objetos valiosos pertenecientes al tesoro de la Catedral o a su adorno interior, fueron perdidos o robados, y hasta en los últimos años con frecuencia se han elevado las voces de las autoridades en materia de arte, pidiendo protección para los admirables frescos de la fachada del Oeste, que sin nada que los resguardase, estaban expuestos a los rigores del viento y de la lluvia.

El crecido número de hermosas iglesias que en los pueblos de la comarca del Oise y Aisne dejó esparcidos la Edad Media, han servido de campo a importantes trabajos de los conocedores del arte arquitectónico y también han sido objeto de investigaciones por parte de algunos peritos alemanes. Ellas nos demuestran los vestigios más antiguos de todos los estilos de bóvedas que forman la base de todo el *arte* de construir *franco* en la Edad Media. Las bóvedas cruzadas se encuentran en estas cercanías, empleadas con mucha frecuencia en numerosas iglesias de proporciones más o menos reducidas, y por ellas puede seguirse paso a paso su progresivo desarrollo, hasta llegar a las magníficas bóvedas de las Catedrales que en ese mismo país se construyeron.

Esta división de las bóvedas en fuertes caballetes que sostienen la parte más ligera que los rellena, ha hecho posible el que pueda dárseles la extensión necesaria para construir las inmensas naves de las Catedrales. Sin el sucesivo desenvolvimiento de este nuevo sistema de bóvedas que rompió los moldes tradicionales del arte de construir románico, no hubieran podido existir las ligeras, esbeltas y transparentes Catedrales que nos ha legado el arte franco-germánico.

El territorio comprendido entre las ciudades de Beauvais, Laon y París, han sido testigos de los primeros y aun vacilantes pasos que han producido los ensayos, toscos y rudos e un principio, de este género de construcción. Si es que vino de Oriente el impulso que dió forma a este nuevo estilo, o si es que la construcción en madera en su totalidad fué el último de los esfuerzos aislados para preparar la evolución del arte de construir, o si debe ésta atribuirse a que los constructores habían bebido en otras fuentes, será una cuestión que no podrá dilucidarse con entera exactitud. Nos queda solamente el hecho incontestable de que el descubrimiento de este estilo arquitectónico, en su principio, fué obra de la raza franca, y también el conocimiento de que alcanzó su más alto grado de desarrollo, el *opus francigenum*, que los testimonios de la Edad Media nos demuestran, en el territorio habitado por la raza franca, y que sólo en él llegó a su completo florecimiento.

Estos mismos valles del *Oise* y del *Aisne*, sobre los que se exornó la antigua cultura, vuelven a ser hoy teatro de un nuevo y encarnizado combate entre el germanismo y los romanizados galos, y vuelven a ser testigos de tantos hechos gloriosos y de tan espantosos dolores de nuestra raza, que harán para siempre sagrado su recuerdo en la mente del pueblo germánico.

Fragmentos de Historia

Palabra incumplida y capitulación violada

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

PARÉCENOS que fué Belmas, en su obra *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la Peninsule de 1807 a 1814* (1), el que escribió estas o semejantes palabras: «El más terrible de los aspectos que a los soldados de Napoleón ofrecía la campaña de la Península, era el de la guerra de sitios». Algo análogo a eso dijo Vacani, el insigne italiano, comandante del cuerpo de ingenieros militares, en su *Storia delle campagne e degli assedj de gl'Italiani in Spagna dal MDCCCVIII al MDCCCXIII* (2); y muchas otras frases y aun largos períodos de trágico enaltecimiento, se leen en la *Relation des sièges de Saragosse et Tortose par les Français, dans la dernière guerre d'Espagne*, del barón José Rogniat (3) y en los *Sièges de Saragosse* (4) del general Lejeune, los dos últimos célebres militares, actores de relevante importancia en aquellas dos gigantescas epopeyas que en la Historia figuran, como dice el famoso soldado de Egipto y de Alemania, a la vez que ilustre pintor, al lado de Cartago y Sagunto, de Jerusalén y de Numancia.

Los sitios en España revistieron sin interrupción, de parte de los sitiados, un carácter de tenacidad, de inquebrantable tesón y firmeza, de sufrimiento y de denuedo, jamás ni en ocasión alguna bélica sobrepujados. «Ces sièges si remplis d'épisodes et de faits mémorables, ha escrito un historiador francés, donnent aux citoyens et aux guerriers des leçons aussi utiles qu'admirables....» Así es verdad, que Gerona con Alvarez, Astorga con Santocildes, Ciudad Rodrigo con Herrasti, Tortosa con el conde de Alacha, Tarragona con Senén de Contreras, Badajoz con Menacho y Zaragoza con Palafox, dieron altísimo ejemplo a los ciudadanos y a los guerreros, de su heroísmo incomparable y les hicieron recordar, entre los luminares de la gloria más pura e inmarcesible, el hermoso y bendito lema de que cuando un pueblo quiere ser libre, lo es.

Si a describir los inmortales sitios de la guerra de España muchos escritores han dedicado su actividad y sus talentos, desde el inglés Jones al francés Valicourt, desde Jomini a Guillon, desde Chadwick Oman a Geoffroy de Grandmaison, a los de Zaragoza idealizaron las propias expresiones que Napoleón escribió en su *XXXIII^e bulletin* y aquellas palabras del conde de Rastopchin en su alocución a los moscovitas: «Los moradores de Zaragoza, teniendo siempre ante sus ojos el valor indomable de sus abuelos, quienes, por no suietarse al yugo de los romanos, encendieron una hoguera y sepultaron en ella sus bienes, sus familias y ellos mismos, han preferido morir entre las ruinas de su ciudad, antes que doblarse a la injusticia. Hoy la misma tiranía nos amenaza con sus horrores. Haced, pues, ver al universo, que el ejemplo de España no ha sido perdido para la Rusia» (5). Francés era aquel mariscal de campo, cronista de las guerras de España y de Rusia, Sarrazin, que en su *Histoire de la guerre d'Espagne et de Portugal de 1807 a 1814*, refiriéndose a los sitios de Zaragoza, escribió: «Sera forcé de convenir que les annales du monde n'avaient point encore fourni un tableau aussi digne du respect et de l'admiration de l'univers. Les traits d'héroïsme qui illustrèrent Numance et Sagunte avaient déjà été égalés dans le premier siège de Sarragosse; Palafox, son armée, le peuple, le clergé, les

(1) Publicada en París, por Fermín Didot, 1836-1837; 4 vols.

(2) Milano, 1823, *Imperiale regia stamperia*; 1.^a edición.

(3) París, Magimel, 1814.

(4) París, *Librairie de Firmin Didot frères*, 1840.

(5) Capitaine Eugene Labaume, *Relation circonstanciée de la campagne de Russie*. París, 1814, Panckoucke.

moines, les femmes et même les enfans firent des prodiges dans ce second siège» (1). «Los pormenores DE ESTE SITIO MEMORABLE (el segundo de Zaragoza), dice el duque de la Albufera, el mariscal del Imperio, Suchet, CON EL CUAL NINGÚN OTRO PUDIERA COMPARARSE, deben leerse en la relación del general Rogniat» (2).

«En esa capital de Aragón, el amor de la libertad, el de la religión, el sentimiento de la nacionalidad convirtieron a pacíficos ciudadanos en defensores voluntarios de sus hogares y en víctimas abnegadas que se sacrificaron gustosas en honor de la patria», se lee en un libro que no se debe a un español, que fué escrito por un noble militar, nacido en tierras de Francia, y el cual, lleno de admiración hacia aquellos que él mismo combatió con la mina y con la zapa, rindió el homenaje que contienen las frases: «De leur côté les habitants de cette ville (Zaragoza) ouverte, et sans remparts, ont porté leur valeur héroïque pour nous résister jusqu'au plus inconcevable mépris de la vie». «La toma de cada casa, dice Du Casse (3) exigía un asalto, y sus entusiastas defensores, animados por el doble espíritu del patriotismo y de la religión, combatían, no solamente de casa en casa, sino de piso en piso, de habitación en habitación». «..... Así termina uno de los sitios más memorables que puede leerse en la historia antigua y moderna, después de cincuenta y dos días de trinchera abierta, de los que veintinueve fué necesario emplear hasta penetrar en la plaza y otros veintitrés de combates de casa en casa» (2). «Ese sitio, al decir de un testigo ocular del segundo de los de Zaragoza (5), fué uno de los más destructores de que la Historia hace mención. Los franceses veíanse precisados a minar las casas, los conventos y los edificios públicos para avanzar unos pasos; sus conquistas no eran más que montones de ruinas. Cuando una casa era tomada, el enemigo se atrincheraba en otra, y la victoria quedaba indecisa». «Le vainqueur même redoutait d'entrer dans la ville, et Saragosse soumise menaçait encore de mort ceux qui l'avaient conquise» (6); y hasta el mismo Thiers, el apologista incondicional, el adorador de su ídolo Napoleón, escribe en la *Histoire du Consulat et de l'Empire*, aludiendo a los sitios de la ciudad inmortal: «La resistencia de los españoles fué prodigiosa, especialmente por su inaudito tesón..... Nada ofrece la historia moderna comparable a este sitio, y para hallar en la antigüedad escenas que se le parezcan, es menester remontarse a dos o tres ejemplos, como el de Numancia, el de Sagunto o el de Jerusalén».

Pero — ¡oh, singular contradicción! — esos mismos historiadores franceses que, abrumados por la fuerza avasalladora de la verdad, reconocen la indómita bravura, la constancia inconcebible, la impertérrita abnegación de los defensores de Zaragoza, encomiando la briosa, la sin par empresa, son también los mismos que atribuyen tanta bizarría, tanto heroísmo y tanto sacrificio, al estímulo del «prétexte d'un zèle ardent pour l'indépendance nationale», a la «confiance dans les miracles de la vierge de El Pilar», a «les moines parcouraient les rues la robe ceinte d'un sabre animant les uns au combat, forçant les autres au travail des batteries», al «fanatisme des prêtres», cual si en algo amenguara la epopeya de Zaragoza el amor de sus hijos hacia la Patria, la fe de sus defensores en la Religión, el culto de sus héroes por la santa, sublime causa de la Independencia del pueblo en que nacieron!..... Los franceses, aun al elogiarnos, no disimulan su propósito de querer ofen-

(1) En la mentada obra de Sarrazin, tomo único, pág. 66. París, J. G. Dentu, 1814.

(2) *Memorias del mariscal Suchet*, etc., escritas por él mismo. París, en casa de Bossanve, padre, 1829; edic. española. Como es sabido, el valeroso combatiente de Castiglione, de Jena y de las Termópilas del Var, mandó durante el segundo sitio de Zaragoza, la primera división del quinto cuerpo de ejército, al frente del que se hallaba el mariscal Mortier, duque de Treviso, división que fué empleada a la derecha del Ebro, en los ataques que se dirigieron contra el fuerte de la Aljafería y contra el costado del poniente de la ciudad; y por haber sido uno de los sitiadores, es tanto más estimable el entusiástico elogio que tributa a los sitiados.

(3) *Mémoires et correspondance politique et militaire du Roi Joseph*. 3.^{me} édition, tome cinquième, pag. 409. París, Perrotin, 1857.

(4) *Victoires, conquêtes, désastres, revers et guerres civiles des français de 1792 a 1814*, tome dix-huitième, pag. 293.

(5) J. Daudebard de Ferussac, *Journal du Siège de Saragosse*.

(6) *Mémoires du Comte Miol de Melito*, tom. troisième, pag. 76. París, Michel Lévy, 1874.

ernos, de pretender marchitar nuestros más inmarcesibles laureles, de manchar nuestros timbres más claros.

Sólo un escritor, uno tan solamente, que nosotros recordemos, un inglés, el coronel sir William Francis Patrick Napier, fué el que, en su obra *History of the war in the Peninsula and in the South of France, etc.* (1), tuvo la osadía, cometiendo la más odiosa de las injusticias, de desdeñar, y aun de deprimir, como dice Canga Argüelles, las proezas españolas, las virtudes purísimas, el valor, la decisión, la perseverancia de los heroicos zaragozanos, parapetados tras de deleznales tapias, luchando contra las huestes francesas acaudilladas por capitanes como Lefebvre y Moncey, como Mortier y Lannes.

Con premeditado designio, no hemos citado todavía nombre alguno de historiador español, ni evocado la memoria de aquellas páginas hermosas, en las que a la vez que resplandece la verdad soberana y egregia, late vehemente el sentimiento del más sincero y fervoroso patriotismo; de aquellas páginas que escribieron Caballero y Toreno, Calvo de Rozas y Alcaide Ibiaca, Jovellanos y Gómez de Arteche; de aquellas otras en las que, como en las de «La Iberiada», y en el «Poema» de Martínez de la Rosa, se leen los himnos de gloria cantados en loor de Zaragoza la épica, por las musas que inspiraron al genio de poetas insignes. En las narraciones que aquéllos hacen de los perdurables, de los por siempre famosos, homéricos sitios, está la apoteosis de tanta intrepidez, de tan sin igual holocausto, de amor tan ardiente e intenso profesado al hogar, a la religión y a la patria; y en los versos de los grandes vates, el hosanna que a los mártires del deber, del deber preeminente y sacrosanto de rechazar al injusto y altivo invasor, elevaron las mentes de clarísimos poetas, iluminadas aquéllas por el numen de los pueblos libres y enardecidos por el intenso afecto hacia la nacional independencia.

Se creería acaso por alguno, al mencionar a los cronistas hispanos de tantas y tantas hazañas, de tan no superados heroísmos, que la parcialidad nos ofuscaba; y por eso, de los extranjeros, de los que en aquella pugna de cíclopes fueron nuestros enemigos, sin nosotros provocarles, por eso, para que no se nos califique de apasionados, de los extraños, de los adversarios de entonces, de varios que intervinieron personalmente en la lucha, hemos tomado hasta aquí los testimonios, que son también homenajes de admiración, que ensalzan y engrandecen a la ya por sí altísima excelsa Zaragoza.

«Sin muros y sin torreones, según nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada, resistió al de Francia con tenaz porfía, sino por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta, como en aquélla, mancillaron su fama ilustres capitanes» (2).

Y así fué en efecto. «Atestados los hospitales y edificios públicos de enfermos y de heridos, no podían recibir ya más: faltaban cementerios para dar sepultura a tantos muertos, y los cadáveres, cosidos en sacos de tela, yacían a centenares a las puertas de las iglesias y parroquias. Un contagio de calenturas malignas había causado los más funestos estragos.... No hay pluma humana que baste a describir el tan triste espectáculo que ofrecía la desgraciada Zaragoza» (3). «La ciudad (Zaragoza) presentaba un horroroso espectáculo: muchos barrios destruidos por las minas, no eran más que montones de ruinas, sembradas de miembros mutilados. La suciedad, el aire infecto, la miseria y la aglomeración de más de cien mil almas en una población que no contenía ordinariamente más de cuarenta mil, las privaciones y las fatigas inseparables de un largo sitio, todas esas plagas habían provocado una epidemia que exterminaba a aquellos que no habían sido víctimas hasta entonces. En medio de las ruinas y de los cadáveres de que las calles estaban llenas, se veía ambular algunos habitantes pálidos, flacos, descarnados.... Según

(1) London, T. et W. Boone, 1828-1840. 6 volúmenes.

(2) Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXIV de la colección, pág. 109. Madrid, M. Rivadeneira, 1872.

(3) Suchet, en las *Memorias* ya citadas.

los censos que se hicieron entonces, se demostró que, en cincuenta y dos días, perecieron cincuenta y cuatro mil habitantes, de todo sexo y de todas las edades» (1).

Palafox, el invicto, sufría en tan tristes circunstancias para su ciudad querida, de la epidemia horrible que de aquélla se enseñoreaba funesta y trágicamente. La Junta de defensa, nombrada para substituir al campeón inmortal, presidida por el regente de la Audiencia, D. Pedro María Ric, conferenció con Lannes, con el fin de obtener una capitulación honrosa, tal como merecía la casi sobrehumana, colosal defensa, no con el de rendirse a merced del vencedor. El duque de Montebello dictó las condiciones de aquel pacto, nunca de una imaginaria entrega a discreción; constituyendo la capitulación once artículos, de los que interesa copiar el texto de los 6.º y 7.º, diciendo el primero de los citados: «Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del emperador y rey»; y el segundo de los aludidos: «La religión y sus ministros serán respetados, y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos». Además, el mariscal de Francia, Juan Lannes, duque de Montebello, el soldado voluntario de 1792, el guerrero de Lodi y de Jaffa, el valiente de Marengo y de Pultusk, el que tomó parte en más de cien combates y batallas, el que tres meses después y al frente de la línea de fuego fué herido mortalmente en Essling, ese soldado, ese valiente, marchitó sus laureles, obscureció su fama, faltando, no sólo a la palabra de honor que había dado de dejar en libertad al adalid glorioso, al defensor inmortal de Zaragoza, a Palafox el ínclito, sino que conculcó, violó lo solemnemente convenido, lo pactado por soldados y caballeros en aquella capitulación impercedera de 20 de febrero de 1809. Más todavía; no sólo quebrantó su palabra y dejó que se infringieran formales estipulaciones, sino que olvidó el cumplimiento de su promesa escrita: JE SUIS PRET A ACCORDER UN PARDON GÉNÉRAL A TOUS LES HABITANTS DE SARRAGOSSE, ET JE PROMETS DE RESPECTER LEUR VIE ET LEURS BIENS: y en el mismo documento, que es una carta dirigida al general Palafox, «À la tranchée devant Saragosse, le 19 février 1809», agrega el bravo de Eylau, el valiente de Dantzig y de Friedland, el que figuró en Austerlitz en la vanguardia del grande ejército, el mariscal del Imperio, el duque de Montebello, al que hirió mortalmente una bala austriaca, estas palabras: QUAND UN HOMME D'HONNEUR DONNE SA PAROLE, ON DOIT LA TENIR POUR SACRÉE (2).

¡Sombras venerandas de Palafox, de Boggiero, de Sas y de otras, de otras muchas víctimas de la venganza y del odio franceses, decidnos de qué modo respondieron a esas frases los hechos ejecutados más tarde, muy poco más tarde de pronunciadas por el victorioso mariscal del Imperio, por el conquistador de Ratisbona, por aquellos soldados y aquellos generales del que, como dice Byron, desde Luzbel a él, nadie cayó desde tan alto!

Es verdad que Palafox, como Boggiero, como Sas, españoles que defendieron su patria, al igual que todos los demás que lo mismo hicieron, no eran otra cosa para el inicuo irruptor, que unos «brigands», no eran más que «canaille fanatique», no eran más que «laches bandits», «troupes de furieux et d'agitateurs extravagants...» ¿Para qué con esos «salteadores», con esa «canalla», con esos «bandidos», con esas «cuadrillas de furiosos y de extravagantes», cuidar de cumplir sagrados compromisos, observar lealmente la fe jurada?

En la misma noche de aquel día sublimemente nefasto para Zaragoza, la soldadesca francesa, como asegura el vizconde de Matarrosa, saqueó y robó, en contra de lo estipulado en la capitulación. «Olvidado Lannes de que había ofrecido serían respetadas las personas y propiedades, sacrificó a los manes de su desenfreno al P. Basilio de Santiago y al presbítero Sas, a quienes extrajeron por la puerta del Angel, y después de muertos a bayonetazos, los arrojaron al Ebro» (3).

(1) Du Casse, *Mémoires et correspondance... du Roi Joseph*. Tom. cinq ième, págs. 413 y 414 de la recordada edición.

(2) Général Baron Lejeune, *Sièges de Saragosse*. París, 1840; un solo volumen, págs. 227 y 228.

(3) *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, por el cronista D. Agustín Alcaide Ibiñca, tomo II, pág. 223. Madrid, 1831. Imprenta de M. Burgos.

«Los defensores que más se habían distinguido y que cometieron la imprudencia de no ocultarse o tuvieron la desgracia de ser descubiertos, fueron bárbaramente asesinados a bayonetazos y arrojados al Ebro, como el P. Basilio de Santiago, el presbítero Sas y varios otros que no tenían otra mancha para los sacrificadores que su talento, su valor o el carácter sacerdotal de que estaban revestidos» (1). «En général, le vainqueur usa avec modération de la victoire; deux moines seuls furent fusillés» (2).

¡Dos monjes sólo, uno de ellos, el mártir sublime del más alto y supremo patriotismo, uno de ellos, aquel maestro insigne, aquel escritor eminente, aquel escolapio elocuente, denodado, alma de la casi fabulosa, por lo grande, defensa de Zaragoza; aquel P. Basilio Boggiero, al que llamándole «Bazile», Lejeune, el artista, el historiador, el militar que alcanzó la honra de ser uno de los que combatieron entre los asediadores en aquel sitio por siempre renombrado, califica al inmortal Boggiero de «moine atroce», de «bourreau de Saragosse» (3), de «cœur féroce et sans pitié», de «Robespierre de sa patrie», sólo por pretender justificar — insensata pretensión — la iniquidad perpetrada por un mariscal del Imperio, inventando, además, la absurda leyenda de que Boggiero, el justo, el cristiano, se lanzó voluntariamente a las aguas del Ebro. Lejeune, insultando a la víctima, se infamó a sí mismo. «¡Atrocidad inaudita, dice un historiador, la de los asesinatos de Boggiero y Sas.... A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad!»

Gravemente enfermo, atormentado por la cruel peste que diezmó la ciudad, Palafox se hallaba en el lecho postrado, cuando la plaza se sometió al odiado enemigo; y éste, implacable, lleno de encono y ansioso de venganza, una vez más conculcó lo pactado y lanzó al desprecio la palabra dada. Palafox, débil, enfermo aún, angustiado por el desastre de su pueblo amado, agobiado de tribulación por los sufrimientos de su patria, fué sacado de Zaragoza, conducido a Bayona, luego a París y de allí a Vincennes; calabozo en que le sometió a dura cautividad, el más déspota de todos los déspotas, Napoleón Bonaparte. «Se puede, sí, como escribe un historiador francés, reprochar a Napoleón que no quisiera honrar el mérito ni respetar el infortunio de su enemigo vencido». Bien es verdad que a tal tirano correspondió un esclavo, como el coronel Plique, el que amenazó con una pistola a Palafox, casi moribundo, para que mandara entregar a los franceses las plazas de Aragón que no se habían rendido todavía (4).

Y luego el general Morlot, nosatisfecho con lo que se hizo en la ciudad inmortal, fría e inhumanamente, ordenó fusilar en el tránsito de Zaragoza a Pamplona, a más de doscientos cincuenta desventurados prisioneros que por su extenuación, como recién salidos de los hospitales no podían soportar la marcha, empezando, a poco de salir de la ciudad, el robo de caballos y equipajes de los jefes y oficiales españoles. Quejáronse éstos, por medio de su general Villava, y a la queja justísima de los infelices prisioneros, insolente y falsamente respondió Morlot «que se habían entregado aquéllos a discreción, y que nada, por consiguiente, tenían que reclamar». ¡Gallardo arranque de generosidad por parte del vencedor! ¡Hermosa apología de la fuerza! ¡Ejemplo brillantísimo del respeto a lo convenido! ¡Blasón de honor y gloria para Morlot, el soldado de Fleurus y del Tirol!

Quizás avergonzados de cómo cumplieron la capitulación las legiones de Mortier y de Lannes, muchos escritores franceses, cual acontece con Lejeune, Foy, Sarrazin y Thiers, no la mencionan en sus libros; otros historiadores, también franceses, de aquellos acontecimientos sin par, tales como Suchet, los autores de *Victoires, conquêtes*, etc., Miot de Melito, José Leopoldo Sigisberto Hugo, padre del gran poeta Víctor, Jourdan, Du Casse y

(1) Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia, historia militar de España de 1808 a 1814*. Tomo IV, pág. 512. Madrid, Imprenta y litografía del Depósito de la Guerra, 1881.

(2) *Mémoires du Comte Miot de Melito*, tom. troisième, pag. 76.

(3) Así, literalmente traducido, de «verdugo de Zaragoza».

(4) De una carta d.l. marqués de Ponteijos, que copia en parte Gómez de Arteche.

varios más, afirman, de la verdad desentendiéndose notoria y premeditadamente, «que a pesar de haberse ofrecido la Junta a capitular, el 21 de febrero se obligó a la ciudad a rendirse a discreción» (1). Tal aserto es en absoluto falso. Lejeune, testigo, no sólo testigo, actor importante en el segundo sitio de Zaragoza, reproduce en su libro tan citado (página 239), los artículos de la capitulación firmada en el antes dicho día 20 (no 21) de febrero de 1809; Sarrazin también alude a ella, y en la *Correspondance inédite du Baron Maurice de Maltzen*, 1808-1809, publicada en Bruselas en 1880, por la *Revue générale*, se sostiene, creemos, la existencia de aquella. Pero, prescindiendo de esas pruebas y de la que ofrece la «Representación hecha a José por la Junta de Zaragoza, en 11 de marzo de 1809», a que se refiere el conde de Toreno, hay un testimonio irrefragable, de incontrovertible certeza, que nos muestra la «Gazeta (sic) de Madrid» de 28 de febrero de 1809, periódico oficial al servicio entonces del Rey intruso, en la que se insertan las condiciones de la capitulación (2).

Ese es, pues, un pleito fallado ya ante la Historia, en contra de la Francia militarista, de la Francia que todo lo sacrificó en holocausto a su ídolo, a Napoleón. Son inútiles todos los pretextos, estériles los sofismas que se aduzcan, encaminados a desmentir la realidad, a debilitar la luz esplendente de la verdad con las sombras de la argucia y del artificio. La Historia no admite mutilaciones; no pueden invocarse sólo triunfos y éxitos, intentando ocultar actos reprobables, acciones que la conciencia humana condena. Murat, Ney, Soult, Macdonald, Bessieres, Mortier, Jourdan, Suchet, todos los mariscales de Napoleón, tal vez fueran grandes en Austria y en Rusia, en Polonia y en Bélgica; pero en España y en Portugal fueron las más veces pigmeos, no sólo por el heroísmo de sus adversarios, sino por sus propias obras. Los ejércitos del Corso celeberrimo, como en Zaragoza, en el resto de España, en aquellos días luctuosos y sangrientos de nuestra épica guerra, faltaron a la fe de lo pactado, ultrajaron el sagrado de lo convenido y la religión de la palabra de honor fué escarnecida. No únicamente se olvidaron promesas y se rompieron tratados, sino que a los héroes, a los mártires, que por el nobilísimo sentimiento de amor a la Patria y de culto a sus creencias se sacrificaron y después de injusto cautiverio o de alevosa muerte a que se sometió o que se dió a aquellos héroes, a aquellos mártires, se les llamó «feroces brigands». ¡Ah, la Francia de las huestes de Bonaparte, la de los soldados de Ulm y de Austerlitz, ella tan grande, qué poco generosa fué para un caudillo que no se llamaba Napoleón, pero que se apellidaba Palafox; qué poco magnánima para una ciudad que, sino era París, tenía un nombre, ZARAGOZA, que sobrevivirá siempre, siempre, mientras el corazón del hombre lata al impulso del santo afecto por la tierra en que nació! «Léonidas, dice Foy, aussi mourut aux Thermopyles, sa mort était même assurée avant de combattre. Sarragose aura la même gloire».

Si España contara en la serie de sus triunfos un Marengo y un San Bernardo, unas Pirámides y un Rivoli, un Jena y un Bautzen, careciendo de una Zaragoza, tendría muy poco; con Zaragoza la basta para hacer su fama perdurable, el solo nombre de aquella la glorifica.

Lo ha dicho un eminente historiador alemán, un varón justo y admirador, a la vez, de nuestra constancia y de nuestro valor, lo ha dicho Schépeler, en estas expresiones sublimes: «¡Todo pasa! Sobre los escombros de vuestras casas, bravos aragoneses, se levantarán nuevos edificios, y el tiempo les echará por tierra del mismo modo: Zaragoza no existirá y la yerba y los matorrales cubrirán sus ruinas. ¡La gloria de vuestras hazañas se cernerá, sin embargo, como un espíritu inmortal sobre aquel solar funerario!»

(1) Mariscal Fuchet, *Memorias*, tomo I, pág. 7.

(2) El ejemplar de la *Gaceta de Madrid* que arriba mencionamos, así como muchos otros de ese periódico y del *Diario de Madrid*, entre éstos, los correspondientes a los años completos de 1809, 1811 y 1812, bandos, proclamas, hojas sueltas, papeles varios, libros, manuscritos y autógrafos, figuran en la colección de documentos que, relativos a la guerra de la Independencia española, posee el autor de este trabajo.